

Las elecciones y el poder en El Salvador

Segundo Montes

RESUMEN

Ante las inminentes elecciones salvadoreñas para la Asamblea Constituyente, el autor presenta una breve reflexión teórica que ayude a esclarecer el proceso y la conciencia nacional.

Si las elecciones son el instrumento para ejercer la democracia, o sea la soberanía del pueblo, para que éste detente el poder, conviene analizar en qué consiste la democracia y el poder, cuáles son sus componentes fundamentales.

Tras esta disquisición, traduce las categorías conceptuales a la realidad salvadoreña para mostrar la división bipolar del poder, y así analizar qué poder, o qué parte de él, se somete a la soberanía popular en las próximas elecciones.

El análisis le lleva a concluir que es una cuota mínima de poder la que se pone a votación, y no la totalidad del mismo, que es el problema fundamental del país en estos momentos; por lo cual, sostiene, el problema seguirá sin resolverse, cualquiera sea el resultado de las elecciones.

En vísperas de realizarse la primera etapa del proceso electoral salvadoreño, la de elegir diputados a la Asamblea Constituyente, convocada para el día 28 de marzo próximo, conviene detenerse a reflexionar sobre lo que son esas elecciones y sobre lo que se puede esperar de ellas cualquiera sea su desarrollo y resultado.

En primer lugar se debe analizar el concepto de democracia, ya que es fundamental en todo el planteamiento. Democracia significa que el poder reside en el pueblo; ese es el sentido correcto de las palabras "democracia, soberanía, representatividad, etc.", que encabezan la Constitución Política y que son sus piedras angulares, desde la Independencia, en las distintas redacciones que ha tenido o que pueda adoptar la Carta Magna; las formas concretas de implementación podrán modificarse, pero no así los conceptos fundamentales de poder del pueblo.

Cuando una sociedad se constituye como tal, sus miembros escogen la forma de gobierno que quieren darse, y eligen a los representantes o delegados que harán cumplir esa voluntad popular, ya que en una sociedad moderna y compleja el pueblo no puede ejercer directamente el poder; las elecciones son vehículo normal para seleccionar a aquellos en los que el pueblo deposita su confianza. Una vez constituida, al cesar el mandato recibido, ya sea por expirar el período al que fueron elegidas, ya sea porque el pueblo les ha retirado su confianza, las autoridades salientes devuelven al pueblo el poder que de él recibieron, para que nuevamente decida a quiénes se lo confía. Ahí radica también el derecho del pueblo a la insurrección —o la obligación a ella en caso de que se viole la alternabilidad, es decir, en caso de que las autoridades no devuelvan al pueblo el poder recibido al expirar su mandato—, como lo

reconocen los Arts. 7 y 5 de la Constitución de 1962. Esa es una forma moderna de practicar la democracia y de cumplir con el hecho de que el pueblo es soberano. Las elecciones, por lo tanto, no son más que un instrumento para que el pueblo ejerza realmente su soberanía, reciba el poder, y lo entregue a sus representantes elegidos.

Sin embargo, el término "democracia" se ha convertido en un concepto históricamente ambiguo, por el contenido diverso que se le atribuye. Es necesario clarificarlo, y para ello no hay más remedio que añadirle algunos calificativos.

"Democracia real" sería la única democracia auténtica. En ella todo el pueblo detenta el poder político y ejerce su soberanía. El pueblo está organizado y tiene sus instrumentos orgánicos de expresión y de participación consciente (partidos), sus propios proyectos económicos, sociales y políticos. Las elecciones no son más que un medio de conocer la voluntad mayoritaria y de lograr un pacto social en el que no se impone un proyecto determinado sobre los demás, sino que se privilegia a éste, pero tomando en cuenta a todos los otros intereses dentro de un proyecto global de nación que beneficie a todos sus componentes.

En la "democracia formal" todo el acento se pone en el discurso teórico y en las elecciones. En la legislación y en todo el lenguaje político se exalta el término "democracia", pero sin que haya un contenido real que lo sustente en la práctica y sin mecanismos que viabilicen la detentación del poder por el pueblo. El pueblo carece de organización y representación propia —o no se le reconoce—, y se muestra desconocedor o indiferente a los proyectos de los grupos dominantes. El momento básico de la praxis democrática lo constituye el proceso electoral, que ha de ser depurado de fraudes y corrup-

ciones para que sea un proceso limpio y multitudinario en el que se disputa el mercado de electores.

En la "democracia aparente" los grupos dominantes organizan partidos políticos que se arrojan ser representantes del pueblo y de sus intereses, y elaboran proyectos para su propio interés —no el del pueblo, que no tiene instrumentos legales de expresión de sus propios proyectos y deseos—. El proceso electoral es un mecanismo de "legitimación" del poder en manos de los grupos dominantes, para imponer un proyecto ajeno al pueblo y someterlo aún más con la apariencia del "consenso"; los fraudes —no siempre indispensables— y la coacción serán los medios de implantar esa "paz social" que tan poco parecido tiene con una "democracia real".

El elemento fundamental en una "democracia real" y en un proceso electoral, por consiguiente, es el poder, que retorna al pueblo, éste lo toma, y se lo confía, por delegación, a un grupo de personas que por ello reciben autoridad, y se constituyen en autoridad delegada: el pueblo legitima su poder.

En la conciencia colectiva salvadoreña está bien patente que las únicas elecciones libres y honestas —"democracia formal"— en toda la historia del país son las que realizó don Pío Romero Bosque, y de las que salió elegido Presidente de la República el Ing. Arturo Araujo en 1931, pero aun éstas tuvieron limitaciones propias de la época: la privación del voto a las mujeres. En la actualidad todas las fuerzas políticas y sociales —incluida la institución armada— reconocen públicamente que en cincuenta años no ha habido elecciones libres y honestas en el país, y que el período se caracteriza por una secuencia de fraudes —"democracia aparente"—, lo que constituye una de las causas de la crisis socio-política en la que vivimos. El punto medular de la campaña electoral que se está desa-

Las elecciones, por lo tanto, no son más que un instrumento para que el pueblo ejerza realmente su soberanía, reciba el poder, y lo entregue a sus representantes elegidos.

rollando es que estas elecciones serán auténticas, libres y honestas, bajo la garantía de las principales instituciones nacionales y de los observadores internacionales.

Sin embargo, el punto medular no es pasar de una "democracia aparente" a una "formal", sino instaurar la "democracia real". Las elecciones que se avecinan, por limpias y honestas que sean no podrán resolver el problema fundamental que actualmente se libra en El Salvador, el de la "democracia real", el de la entrega del poder al pueblo para que éste lo delegue a quien juzgue más conveniente, simplemente porque no se lo plantea; no se centra en la devolución del poder al pueblo, para que decida.

La estructura de poder.

Repetidamente se ha utilizado el concepto de poder, que conviene definir adecuadamente, ya que es fundamental en el presente trabajo. Max Weber define el poder como "la posibilidad de imponer la voluntad propia dentro de una relación social". Aquí nos referimos al poder político total, es decir, al de una sociedad cuya voluntad propia está plasmada en un proyecto determinado de nación adoptado por todos sus integrantes, o por la mayoría de ellos, pero que en la relación social de todos sus miembros toma también en cuenta los intereses de los demás. En una "democracia real" el pueblo delega a un grupo gobernante elegido no sólo la voluntad y el proyecto propio sino también los medios para implementarlo; le da autoridad.

En una sociedad moderna, el poder es una compleja estructura en la que intervienen y se interrelacionan una serie de componentes que contienen una cuota del poder político total que se desdobra en ellos. El componente militar, integrado por todas las fuerzas militares y militarizables, y por todos los mecanismos y aprovisionamientos bélicos, es indispensable ya sea para la conservación del poder, ya sea para la conquista del mismo; de su cuantía dependerá en gran parte el control sobre los demás componentes, pero ellos a su vez condicionan el poder militar.

El componente económico está integrado por toda la riqueza económica que se pueda movilizar, controlar, someter, atraer o generar. Su magnitud también es decisoria

para la cantidad de poder que se pueda poseer, pero al mismo tiempo está condicionado por los demás componentes del poder total.

El componente social viene dado por los elementos sociales que respaldan —o al menos no se oponen a— un determinado proyecto y grupo detentador de poder; no se trata tanto ni tan sólo de personas individuales y numéricamente contabilizadas, cuanto de grupos sociales organizados, con capacidad de presión y de influjo. El poder social es decisivo en cualquier poder, y a su vez también está condicionado por los demás componentes.

El componente ideológico no se cifra exclusivamente en la ideología de un partido, una coalición de ellos o de un grupo hegemónico. El componente ideológico del poder incluye también a toda la producción de ideología que puede generar a través de sus propios organismos e instituciones, así como de otras personas y entidades a su servicio o colaboradoras y, sobre todo, a la capacidad de distribuir y propagar esa ideología por todos los medios a disposición, que no se ciñen únicamente a los medios de comunicación de masas, sino también al sistema educativo y a otros muchos vehículos de acceso y de persuasión o convencimiento. El componente ideológico también es de gran relevancia en una sociedad moderna, pero igualmente viene condicionado por los otros componentes del poder total.

Finalmente, el componente que podemos llamar "diplomático", en un mundo interrelacionado, y para el caso de los países del Tercer Mundo, en un mundo de dominación-dependencia, está constituido por el conjunto de relaciones con otros países, por pertenecer a la órbita de uno de los grandes sistemas hegemónicos mundiales, y por los apoyos que de los demás países se recibe, no sólo en el ámbito estrictamente diplomático y político, sino también económico, militar, social e ideológico. No hay duda de que este componente de poder es de gran importancia en la actualidad, ni de que también está condicionado por los demás componentes del poder total.

Si el poder es lo que está —o no está— en debate en El Salvador y en el actual proceso electoral, habrá que analizar la estructura del poder en sus componentes principales,

para entender cómo está constituido y dividido, y para entender qué parte del mismo es la que se somete a la decisión libre y honesta del pueblo; así podremos ver si el problema fundamental se aborda correctamente y si puede resolverse por el mecanismo que se ha propuesto.

División bipolar del poder en El Salvador.

En una sociedad estable el poder está unificado, y se gobierna por consenso o por coacción; en el primer caso se dará la democracia —al menos la “formal”—, y el proceso electoral, limpio y honesto, será el mecanismo para que el pueblo elija a sus gobernantes; en el segundo caso se dará la tiranía, en cualquiera de sus formas. En cualquier caso siempre habrá una combinación de consenso y de coacción, pero en cada caso anterior predomina un factor sobre el otro. En una sociedad en conflicto, por el contrario, el poder está dividido y en pugna; la resolución del problema se plantea o por una victoria de una de las partes contendientes sobre la otra, o por una negociación que lleve a que ambas partes entreguen el poder que detentan, para que el pueblo decida sobre el conjunto.

Es preciso insistir en que la realidad presente de El Salvador, el problema fundamental, está centrado precisamente en el poder y en la lucha por él. El poder total en El Salvador está roto y dividido. El Salvador es una sociedad en conflicto, tan profundo que llevamos más de un año de guerra civil. No está roto y dividido de cualquier forma; está dividido en dos partes fundamentales, hay una bipolaridad bien definida: los “insurgentes”, por un lado, y los “sustentadores”, por el otro —para no incurrir en caracterizaciones ideológicas—. Es discutible —y poco importa para nuestro análisis, en definitiva— si ambos poderes son equiparables o no, y cuál sea superior. El dato fundamental es que hay una división de poderes, hay una dualidad de hecho, y que ambos polos están luchando para conquistar o controlar el poder total.

Sin extendernos en análisis que ya se han realizado en múltiples estudios, hay que notar que las raíces históricas de esta bipolaridad —como lo reconocen hoy todas las fuerzas sociales y políticas— se hunden en las estructuras económicas, sociales y políticas, bipolares e injustas, que se implantaron en la

Colonia, se mantuvieron y profundizaron en el período posterior a la Independencia, y cuya solución pacífica y democrática se ha ido cerrando sistemáticamente por la serie de fraudes electorales y por la imposición coactiva de un proyecto parcial y privilegiante para una parte de la sociedad —“democracia aparente”.

Así es como se ha ido configurando y cobrando fuerza el polo “insurgente”, aglutinando fuerzas sociales que sustentan un proyecto distinto al vigente, y pugnan por un sistema económico, político y social opuesto al del otro polo. En el polo “sustentador” se aglutinan las fuerzas sociales que propugnan fundamentalmente la sustentación del sistema vigente hasta ahora, aunque haya que introducir modificaciones que ayuden a reconstruir la paz social. Entre ambos se encontraría el “sector neutral”, si es que en una situación de guerra y de profundo conflicto social puede haber alguien neutral que no acepte o apoye, aunque sea pasivamente, a alguno de los dos polos; y a éstos sería a los que ambos contendientes tratan de atraer a su bando, o a conquistar sus votos en las anunciadas elecciones.

La bipolaridad, por otro lado, no es monolítica. Tanto entre los “insurgentes” como entre los “sustentadores” se manifiestan profundas divisiones y luchas por la hegemonía, aunque siempre dentro de los márgenes que permite lo medular de su proyecto. Más bien se podría decir que los polos se definen y se configuran por la oposición al polo opuesto y al sistema que propugna.

Que el polo “insurgente” tiene poder, parece de todo punto indiscutible en la actualidad. Dispone de un aparato militar que ha sostenido una guerra durante más de un año; cuenta con masas y organizaciones populares que no sólo se han manifestado multitudinariamente por las calles en diversas ocasiones, sino que posibilitan el accionar militar durante todo ese tiempo, y sin las cuales no lo podría realizar; el poder económico probablemente es su componente más débil en esta fase, pero ha sido suficiente para sostener esa guerra; su poder ideológico lo hace público por múltiples mecanismos y ha conseguido arrastrar y convencer, o colaborar, a todo el componente social que lo apoya; en fin, el poder “diplomático” se ha hecho patente en multiplicidad de declaracio-

El punto medular no es pasar de una “democracia aparente” a una “formal”, sino instaurar la “democracia real”. Las elecciones que se avecinan, por limpias y honestas que sean, no podrán resolver el problema fundamental que actualmente se libra en El Salvador.

nes y signos de apoyo, ya sea a nivel individual o colectivo, ya sea en los máximos organismos internacionales.

Asimismo es patente el poder que detenta el polo “sustentador”. Todos los aparatos del Estado están a su servicio. El componente militar está constituido por la institución armada, que dispone de los recursos humanos y materiales que el sistema le suministra; el componente económico lo integran las principales unidades productivas de los distintos sectores, que se benefician del sistema imperante; el poder social lo constituyen las organizaciones que apoyan y sustentan el régimen, a cambio de alguna cuota de poder o de beneficios, o que se ven obligados a aceptar y colaborar con el sistema para poder subsistir; el poder ideológico lo configuran todas las personas e instituciones que producen ideologías acorde con el sistema, así como los sistemas educativo y de comunicaciones de masas nacionales y una parte importante de las confesiones religiosas; finalmente, el poder “diplomático” está respaldado fundamentalmente por todo el “bloque occidental” —en cuanto se opone al bloque socialista, al que no desearía que se integrase El Salvador—, pero de una manera más explícita y positiva por el centro hegemónico y sus seguidores más consecuentes o incondicionales. Y aunque el poder de este polo se haya podido debilitar en todos o en algunos de sus componentes, por el mismo proceso salvadoreño, por la violencia y por la guerra, las reformas, la destrucción a todo nivel, la fuga de capitales y cerebros, no hay duda de que cuenta con un poder suficiente como para no permitir la conquista del poder por el polo “insurgente”, al menos en un futuro previsible.

¿Qué es lo que se somete al voto en las elecciones?

En la primera fase del proceso electoral, es decir, en las inminentes elecciones para la Asamblea Constituyente, no se plantea el problema fundamental en que se debate El Salvador. Ni ha precedido una victoria de uno de los polos sobre el otro, ni se ha resuelto por una negociación la deposición del poder que sustentan ambos polos. No se somete a la decisión popular el poder total, que es lo que está en conflicto, para que el pueblo ejerza su soberanía y se concrete la “democracia real”.

El polo “insurgente”, liderado por el FDR-FMLN, como lo ha manifestado repetidas veces su más alta dirigencia, no depone el poder que sustenta, ni lo entrega al pueblo para que, junto con el poder depositado por el otro polo, lo entregue a los representantes elegidos democráticamente. No depone las armas, no renuncia a su proyecto económico, no persuade ni permite a su componente social a que participe en las elecciones y dé su respaldo a ninguno de los partidos contendientes, no desarticula su poder ideológico ni se somete a otra ideología ajena, no renuncia al poder “diplomático” que lo apoya y que ha declarado repetidas veces que estas elecciones no resuelven el problema de fondo.

Este polo conserva íntegro el poder que sustenta, lo mantiene, y aspira a arrebatarse de una u otra forma el poder que detenta el polo opuesto. No participa en las elecciones convocadas, no tanto porque las considere o no válidas, porque vote o no vote, porque las obstaculice o las deje transcurrir pacíficamente, sino porque no entrega el poder que

tiene. Las elecciones venideras, por lo tanto, dejan su poder intacto; y la distribución de poder en el otro polo, subsiguiente a la votación, no le afecta, no ya porque no la acepte, sino por que la excluye de su propio ámbito. Tal bipolaridad, por consiguiente, por el solo hecho de las elecciones, no se destruye ni se modifica.

En el polo "sustentador" el problema es aún más complicado. Aparentemente somete al pueblo el poder que sustenta, para que el pueblo decida a quien se lo confía. Pero en la realidad ni siquiera la parte total de poder que todo el polo detenta lo somete a votación; mucho menos, el poder del polo opuesto.

El poder real de ese polo no reside, en su parte más importante, en los partidos políticos; nunca ha residido efectivamente más que en una cuota pequeña, ya que los partidos eran instrumentos de los conceptos fundamentales para la administración del poder, y en tiempo de guerra esa cuota se reduce todavía más por las exigencias prioritarias del conflicto armado. El componente militar reside en la institución armada; el componente económico y gran parte del ideológico pertenecen al gran capital, que puede estar representado, o no, en alguno de los partidos contendientes, o darle su apoyo, pero no reside en los partidos mismos; y el poder "diplomático" se basa en el apoyo de los Estados Unidos de Norteamérica y de los otros países influenciados por su política exterior, principalmente Venezuela. Tan sólo resta una pequeña cuota de poder, basada apenas en el componente social y parcialmente en el ideológico, que pueden controlar los partidos políticos, y que es la que se somete a votación, en una disputa del mercado electoral por el apoyo a las variantes que ofrecen los partidos inscritos; si bien es cierto que la contienda electoral no va a conquistar la clientela social, que seguirá fundamentalmente fiel a sus dirigentes o a las líneas socio-políticas que juzgue más convenientes para sus intereses.

El polo "sustentador", en efecto, no cuestiona ni somete a decisión popular su componente militar. En ningún momento, ni el propio estamento armado ni partido alguno de los contendientes, han pensado en someter al pueblo esta parte de su soberanía, para que decida si desea tener o no institu-

ción armada, si tener ésta u otra; si decide o no continuar la guerra civil, recibir ayuda material y asesoría norteamericana o de otro país, si prefiere establecer negociaciones para reconstruir la paz; más aún, todos los contendientes procuran atraerse el favor de la actual institución armada.

Tampoco se ha cuestionado, ni se somete a decisión del pueblo, la estructura económica actual, para que decida cuál es la que prefiere. Más aún, los partidos contendientes han exigido al actual gobierno que no se avance en las reformas durante el período de elecciones, y todos ellos —con la excepción de la Democracia Cristiana— se han pronunciado por una revisión de las reformas económicas efectuadas y por la instauración de una economía de mercado.

El poder ideológico, a su vez, tampoco se ha confiado al pueblo —más bien se han afirmado las voces disidentes a todo tipo de cambio, y el sistema de comunicaciones no sólo ataca al polo "insurgente" sino también a los amagos reformistas propiciados por la Democracia Cristiana o por la institución armada—. Todos los contendientes se han pronunciado insistentemente a favor de la ideología liberal capitalista y vehementemente opuestos a la ideología "comunista". Incluso los demás participantes se ensañan con la DC y con su tesis "comunista" como emparentada con, y vehiculadora del, marxismo-leninismo. Mientras tanto, el pueblo sigue careciendo de voz propia o de medios para darla a conocer.

Finalmente, el poder "diplomático" tampoco se cuestiona ni se somete a decisión popular. Todos los participantes se han pronunciado por el sistema capitalista, y han rechazado definitivamente cualquier vinculación con el sistema socialista, e incluso con el movimiento de los "no alineados". Además de la competencia por granjearse el favor de los Estados Unidos —y de los demás países subsidiarios, entre los que el liderazgo secundario que ahora sustenta Venezuela podría ser reasumido por otro país o grupo de países en caso de que no lograra hegemonizar aquí la Democracia Cristiana, o de que hubiere cambios en la dirigencia política de ese país—, la opción económica y la ideológica, así como la opción militar de todos los contendientes en el debate electoral, no les deja otra salida que su vinculación estrecha

con el poder hegemónico del sistema y con sus seguidores más fieles. La administración Reagan, por su parte, ha declarado repetidas veces su oposición al triunfo de cualquier fuerza política que proponga un sistema distinto al capitalista.

El único poder que se pone a decisión, por lo tanto, es el social, con la salvedad ya indicada de que las diferentes fuerzas sociales están articuladas con algún partido o movimiento y no cambiarán fácilmente de liderazgo. Es más, el poder social en disputa es únicamente el del polo "sustentador" y el de los "neutrales o indecisos"; pero no el que está detrás del polo "insurgente".

Los partidos políticos contendientes dirigirán todas sus baterías para ampliar sus clientelas, convencerlas de sus proyectos, arrastrar los votos de los indecisos y repartírselos entre ellos; todos se esforzarán por conquistar una ínfima cuota de poder, que es la que se pone a votación, mientras permanece intacto lo medular del mismo. Se está aproximando un proceso electoral que encaja, en el mejor de los casos, en un instrumento para la "democracia formal" —si no se repiten los fraudes—, pero no para una "democracia real" en la que el pueblo —la mayoría— tenga la posibilidad de imponer su voluntad propia dentro de una relación social tan dividida y compleja como la salvadoreña.

El problema seguirá sin solución.

El problema fundamental que agobia a El Salvador, por consiguiente, seguirá sin resolverse en estas elecciones, porque no se lo plantea tan siquiera.

El problema no está en la distribución de una ínfima cuota de poder. El problema fundamental no está en la elaboración de una u otra Constitución mientras se mantienen intactas las demás variables. El problema no está en la sustitución de un partido político por otro en la administración total o parcial del componente social del poder. El problema no está en que las figuras políticas de los partidos contendientes sean "caras viejas" o "caras nuevas" de la esfera política tradicional. El problema tampoco está en que haya muchos o pocos votantes —que pueden acudir más o menos multitudinariamente por las campañas, la coacción, las expectativas de ciertas ventajas, o el temor a las represalias—. El problema, en fin, tampoco está en pasar de la "democracia aparente" a la "formal", en que estas elecciones sean limpias o en que no haya fraude —aunque será muy difícil disipar el fantasma histórico del fraude, manteniéndose el mismo sistema, bajo la garantía de las mismas instituciones, y con las repetidas denuncias de la mayoría de partidos participantes.

Las elecciones, tal como han sido propuestas, dejarán intacto el problema en toda su agudeza, o la profundizarán y radicalizarán todavía más.

El problema no ésta en la distribución de una ínfima cuota de poder.

Si el poder es lo que está —o no está— en debate en El Salvador y en el actual proceso electoral, habrá que analizar la estructura del poder en sus componentes principales.

El verdadero problema salvadoreño actual reside en la división del poder total; y una de las partes, la "insurgente", no lo pone a discusión ni a votación; pero tampoco la otra parte, la "sustentadora", pone a disposición de los electores todo el poder que detenta, sino que sólo una cuota mínima del mismo, y la de menor relevancia, mientras mantiene incólumes e incuestionables los componentes fundamentales, en manos de las mismas instancias que actualmente las detentan, y que se las reservan para sí sin someterlas a la decisión soberana del pueblo. El problema, pues, está en pasar de la "democracia formal" a la "democracia real", para que el pueblo tenga y exprese su "voluntad propia", su soberanía.

Si no se plantea el problema en sus verdaderos términos, ni se aborda su realidad, no puede resolverse. Las elecciones, tal como han sido propuestas, dejarán intacto el problema fundamental en toda su agudeza, o la profundizarán y radicalizarán todavía más, hasta que uno de los polos obtenga la victoria sobre el otro, o hasta que ambos, tal vez agotados, pongan en común su parte de poder para salvar a la sociedad total, y para que el pueblo, único soberano, exprese su voluntad propia y decida su destino.

Enero de 1982.

